

08-06-2008

Tengo muchas anécdotas de la vida de los antes llamados asilos y que ahora, de manera eufemística, se denominan residencias. Discutir del nombre es lo de menos, lo interesante es el contenido de cuanto allí se cuece. Esta labor esencial que, en gran parte fue iniciada y se perpetúa en el ámbito de la Iglesia, tiene un mérito incalculable.

Tengo muchas anécdotas de la vida de los antes llamados asilos y que ahora, de manera eufemística, se denominan residencias. Discutir del nombre es lo de menos, lo interesante es el contenido de cuanto allí se cuece. Esta labor esencial que, en gran parte fue iniciada y se perpetúa en el ámbito de la Iglesia, tiene un mérito incalculable. Otrora con falta de recursos, aquellas buenas monjas recorrían los pueblos en busca del sustento para tantos ancianos, muchos de ellos abandonados y a los que se admitía sin pedirles nada a cambio. Las Hermanitas de los Ancianos, de Santa Teresa Jornet, pioneras en este servicio a la sociedad, han sido ejemplares. Ellas no fichan a la hora de entrar o salir. Este es también un servicio de la Iglesia y como ellas muchas otras congregaciones religiosas por todo el mundo.

Porque, en realidad, hoy, los Estados han caído en la cuenta de esta necesidad que otrora únicamente la Iglesia llevaba a cabo. Por eso, aunque sigue siendo meritoria, muy meritoria, la labor con la ancianidad y con discapacidades varias, habremos de reconocer el gran mérito de la Iglesia y de las instituciones ligadas a ella.

Por muchas razones. Atendía, en una ocasión, una religiosa, a un anciano totalmente desvalido, ante la presencia de un familiar. Éste le dice a la buena monja que, él, no haría aquello por todo el oro del mundo. La Hermanita de los Ancianos, castellana, para más señas, que aún vive hoy y que entró en la su Congregación después de haber cursado una carrera en una universidad española, le respondió de inmediato: Tampoco yo. Lo hago por Dios. Esa es la realidad de sus 24 horas al servicio de los más pobres. Como lo es el socorro que se presta a los pobres y vergonzantes. Negar los servicios sociales de la Iglesia es una triste obnubilación, o, lo que sería peor, un acto de mala fe y de injusticia. Hay cosas que son ajenas a cualquier catalogación mensurable con criterios económicos o de rentabilidad. Sus parámetros son otros bien diferentes.

Con los fallos inherentes a la condición humana, en esta misma onda, podemos catalogar a sacerdotes que, con grandes iniciativas y, guiados, sin duda, por un espíritu altruista y religioso, han tratado de tender una mano a tantas personas con necesidades de todo tipo.

Acabo con otra anécdota que me impactó hace treinta años. Moría un anciano con un gran capital, abandonado por su familia en el asilo, y al



La Región

que apenas iban a ver. Dos familiares, en la sala de visitas, esperando al funeral, se abrazaban gozosos diciendo: ¡Ahora somos ricos!. El comentario y las conclusiones sabrá sacarlas el avisado lector. Unos les dieron el cariño, la atención y el alimento y, al final, los beneficios económicos, el materialismo, se lo llevaron los que habían pasado del tema. ¡Triste realidad de la condición humana, tantas veces movida por el tener, el poseer y el dinero, olvidando el ser, que es lo importante!

Fuente:

<http://www.laregion.es/>

*Para reutilizar esta noticia por favor consulta el punto 3 de las [Condiciones de uso](#) del sitio web.
No se permite la reutilización de noticias de agencias.*